

POLIFONIA	CUIABÁ	EdUFMT	Nº 11	p. 1-16	2005/2006	ISSN 0104-687X
-----------	--------	--------	-------	---------	-----------	----------------

VIOLENCIA Y BENEVOLENCIA: DOS POBLACIONES MORAS CONQUISTADAS EN EL POEMA DE MIO CID

María de la Concepción Piñero Valverde (USP)

RESUMO: Os episódios da conquista de Castejón e Alcocer, no *Poema de Mio Cid*, mostram o herói em conflito com muçulmanos já estabelecidos na Espanha. Nestes casos o Cid procura limitar a violência de sua ação, que não decorre de razões religiosas ou étnicas, mas de finalidades inteiramente práticas.

PALAVRAS-CHAVE: *Poema de Mio Cid*. Épica medieval castellana. Castejón. Alcocer.

VIOLENCE AND BENEVOLENCE: TWO MOORISH POPULATIONS
CONQUERED IN THE POEM OF MIO CID

ABSTRACT: The episodes of the conquest of Castejón and Alcocer, in the *Poem of Mio Cid*, show the hero in conflict with Muslims already established in Spain. In such cases El Cid tries to limit his own violence, which is not due to religious or ethnic reasons, but to entirely practical scopes.

KEYWORDS: *Poem of Mio Cid*. Spanish medieval epic. Castejón. Alcocer.

Importante en la historia de la Península Ibérica, y que en seguida destacará como decisivo en la construcción de la obra del *Poema de Mio Cid* (PMC), es la intervención del pueblo árabe. Los moros, y así se llama en el *Poema* tanto a los musulmanes nacidos en España como a los llegados de fuera, representaron una realidad histórica en los reinos españoles y, en particular, en el de Castilla. Encontrarlos, por tanto, a lo largo del PMC no es una sorpresa, sino una confirmación de la realidad peninsular medieval, que sitúa a la obra en un contexto cultural en el que

todos, autor y público, estaban implicados de una u otra manera. Por tanto, la presencia de los moros en el Poema y sus guerras y tratos con el Cid obedecen a una circunstancia concreta de la época.

Tal circunstancia implicaba una política en la que tanto contaba la guerra como la alianza y el pacto de treguas, y que se acomodaba flexiblemente a la extensa línea de contacto entre estas dos culturas peninsulares: la cristiana y la musulmana. En ambas culturas y territorios dominados por uno u otro grupo existía gran variedad de gentes y de formas de vida, de entre las cuales el Poema destaca las que convienen al argumento de la obra. Sin que la guerra se interrumpa por completo, se comunican las culturas. Cristianos, musulmanes, mozárabes, mudéjares, muldies, judíos, extranjeros, entablan múltiples relaciones (1982, p. 83-85).

Rodrigo Díaz de Vivar, desterrado por su rey Alfonso VI, sabe que sólo peleando contra los moros puede vivir más allá de las fronteras de Castilla. Y en la frontera común, cristiana y mora, dentro del mismo suelo peninsular, se dan unas peculiares relaciones de lucha y convivencia que proceden de una larga experiencia histórica.

El Cid lucha con moros asentados desde tiempo en la Península, con los que sigue una política alternativa de guerra y paz. Y lucha también con los moros africanos. En la lucha con los moros peninsulares, tres poblaciones principales son tomadas en el Poema de Mio Cid: Castejón, Alcocer y Valencia. Nos detendremos en la conquista de estas dos primeras.

Castejón es la primera batalla del destierro. Reconfortado el Cid con el sueño prometedor del arcángel San Gabriel, sale con su mesnada camino de Castejón de Henares. Más que cualquier animosidad contra la población mora, dos son los motivos que lo llevan a pretender la ocupación de Castejón: uno, la conquista de una posición estable fuera de tierras castellanas; otro, el más urgente, la necesidad de providenciar alimento y descanso para sí y los suyos. La última vez que habían comido fue en el monasterio de San Pedro de Cardeña (cf. v. 285), y en esa ocasión

Los .vi. dias de plazo passados los an,
tres an por troçir sepades que non mas. (v. 306-307)

El Cid y los suyos permanecen los dos días siguientes sin nuevos alimentos, valiéndose posiblemente de las sobras del monasterio. Decimos dos días porque al aproximarse de Castejón

Es día a de plazo, sepades que non mas. (v. 414)

Y, por orden del Rey, en tierras castellanas nadie podía ayudarlo de manera alguna (cf. v. 44-45). Así, el Cid se aproxima a las tierras moras forzado por la necesidad de sobrevivir, tanto que en seguida ordena a algunos de los suyos que corran en algar, de donde traen

muchos gañados de ovejas e de vacas
e de ropas e de otras riquizas largas. (v. 481-481^b)

Alimento, ropa y dinero era todo lo que el Campeador y su mesnada necesitaban en primer lugar. Es cierto que el PMC inicia el episodio con la narración de un sueño del protagonista, al cual ya hicimos alusión, en el que el arcángel Gabriel le promete éxito. Pero nótese que ninguna palabra del ángel da relieve especial al hecho de que el Cid sea un cristiano destinado a vencer a los musulmanes. Gabriel sólo le promete un futuro venturoso,

mientras que visquieredes bien se fara lo to. (v. 409)

Y ese futuro glorioso se configurará también por medio de conquistas en tierras cristianas y de derrotas infligidas a señores cristianos, como al conde de Barcelona, irritado, justamente, pues el Cid dice el conde,

Agora correm las tierras en mi enpara estan; (v. 964)

El episodio del Conde – y esto es digno de ser notado– viene en seguida después del de la conquista de Castejón y Alcocer. Es innecesario, por tanto, pensar que la conquista de esas dos plazas se debiera a particular mala voluntad del Campeador contra los árabes peninsulares. Mas volvamos al punto de la toma de Castejón.

Descrito el episodio admirablemente por el poeta, vemos que el Campeador aguarda despuntar el día, cuando la gente sale de sus casas para atender a sus labores:

Toda la noche yaze en çelada el que en buen ora nasco
Ya quiebran los albores e vinie la mañana,
ixie el sol, ¡Dios, que fermoso apuntava!
En Castejon todos se levantavan,
abren las puertas, de fuera salto davan
por ver sus lavores e todas sus heredades.
Todos son exidos, las puertas abiertas han dexadas
con pocas de gentes que en Castejon fincar[a]n;
las yentes de fuera todas son derramadas.
El Campeador salio de la çelada,
Corrie a Castejon sin falla. (v. 437; 456-464^b)

De ahí la reacción de los guardas de la ciudad:

los que la tienen quando vieron la rebata
ovieron miedo e fue desemparada. (v. 468-469)

La población se rinde a consecuencia de un hábil combate:

Mio Çid Ruy Diaz por las puertas entrava,
en mano trae desnuda el espada,
quinze moros matava de los que alcançava.
Gaño a Castejon y el oro e la plata.
Sos cavalleros legan con la ganança,
dexan la a mio Çid, todo esto non preçia nada.
Afevos los .cciii. en el algara,
e sin dubda corren; fasta Alcalá lego la seña de Minaya,
e desi arriba tornan se con la ganança
Fenares arriba e por Guadalfajara.
Tanto traen las grandes gananças
muchos gañados de ovejas e de vacas
e de ropas e de riquizas largas. (v. 470-481^b)

En Castejón no se habla de persecución a los moros ni de matanzas indiscriminadas, la entrada se lleva a cabo en una hora en que la plaza está despoblada, lo que reduce al mínimo la

resistencia y, por consiguiente, la violencia de la guerra. Castejón es tomada más por la astucia y por el miedo que por la fuerza.

Pero veamos, además, cómo en el Poema, una vez asegurada la victoria, se siguen unos procedimientos de acuerdos con los moros.

El botín se reparte entre la mesnada, y el quinto que el Cid se reserva, conforme a lo ordenado por el rey Alfonso VI, lo negocia con los habitantes de Hita y Guadalajara:

fablo con los de Castejon y envio a Fita e a Guadalfagara,
esta quinta por quanto serie conprada;
aun de lo que diessen oviessen grand ganancia.
Asmaron los moros iii. mili marcos de plata;
plogo a mio Çid d'aquesta presentaja.
A terçer dia dados fueron sin falla. (v. 518-523)

Y les devuelve lo tomado a un precio cuatro veces inferior a su valor real. El precio ofrecido por los moros es de tres mil marcos de plata, en vez de once mil doscientos cincuenta.

Al Cid aún le queda el derecho de devastar Castejón, su conquista personal, y, sin embargo, renuncia a ello:

Mas el castiello non lo quiero hermar; (v. 533)

Y además liberta a los prisioneros, queriendo así agradecerles el fructífero negocio de la venta del botín. Con esto, el Cid da a entender que su magnanimidad debe impedir el brote de enemistad con los vencidos:

çiento moros e çiento moras quiero las quitar,
por que lo pris dellos que de mi non digan mal. (v. 534-535)

Los habitantes de Castejón no sólo agradecen el ser tratados con tanta clemencia, sino que le dan su bendición cuando el héroe decide abandonar la fortaleza:

los moros e las moras bendiziendol estan. (v. 541)

Es una primera conquista en la que el Cid muestra benevolencia y los moros dominados reciben un trato de merced. El poeta ha querido presentar a un héroe bondadoso que, después de una guerra cruel a la que tiene derecho, entrega hasta lo que le pertenece por derecho en botín.

Sin embargo, un análisis más profundo de los versos sobre la toma de Castejón nos hace descubrir a un héroe hábil en la guerra y cauteloso. El Cid perdona a los moros, en primer lugar, por razones tácticas. De hecho, cuando la campaña lo exige, no tiene escrúpulos en matarlos. Los moros que escapan con vida son perdonados, pero la razón del perdón se basa en consideraciones prácticas.

La venta del botín por un precio inferior a su valor responde también a razones de conveniencia. Como señala Jules Horrent, el Cid no dominaba todavía ningún territorio y no disponía más que de escasos hombres; así, pues, no puede pensar en llevar consigo a los prisioneros ni los ganados conseguidos en Castejón (1974: p. 338):

nin cativos nin cativas non quiso traer en su compañía; (v. 517)

Los despojos de Castejón, muy pesados para ser transportados, se vuelven a vender a los dueños por una suma de dinero contante y transportable, habiendo aceptado el Cid la transacción de los moros (SMITH, 1985: p. 132). Tampoco puede sacar partido de su botín para ofrecer al Rey presentes, pues serían prematuros y correría el riesgo, por su cinismo, de agravar la hostilidad. Ni puede organizar una venta pública por miedo de atraer la atención sobre él:

Aqui non lo pueden vender nin dar en presentaja, (v.516).

La única solución que le queda es entablar una negociación privada con sus víctimas.

El realismo de su actitud, según Jules Horrent, su cinismo, se compensa con la buena voluntad con que acepta las proposiciones usureras de sus adversarios. A fin de cuentas todo el mundo está contento: el Cid, con su bolsa llena, y los moros, al

recuperar sus bienes con una pérdida tres veces inferior de lo que podría haber sido (1974: p. 338-339).

La fisonomía moral del Cid se esboza con finura. “El Cid no es ni un militarote, ni un orgulloso”(Ibid, p. 335). Al contrario, lo vemos recibir a sus hombres con respeto:

saliolos reęibir con esta su mesnada, (v. 487)

abrazo con afecto a Minaya:

Los braęos abiertos reęibe a Minaya. (v. 488)

Una corriente de simpatía humana, surgida de la cordialidad natural de Rodrigo, da calor a la escena. El público siente que esta cordialidad es sincera, porque sus manifestaciones son espontáneas. Pero se ve inmediatamente que también es calculada. El Cid se sirve de la simpatía natural que le inspiran los hombres, tanto amigos como enemigos, para atraérselos más firmemente. El poeta ha sugerido delicadamente esta difícil matización psicológica: su Campeador saca siempre provecho de su carácter amistoso, es profundamente bueno y astuto, quitando el primer rasgo lo que de incisivo pueda tener el segundo y éste su empalago al primero. Personaje, pues, hecho de luz y de sombra, en donde la sombra misma es luz (ibid:335-336).

y continúa Jules Horrent:

Generosidad agradecida e interesada. El Cid tiene siempre dos caras. El interés personal nunca está por completo ausente en sus liberalidades. Su complejo carácter está hecho de largueza y de cálculo egoísta y las manifestaciones de esta actitud moral, en apariencia contradictoria, no alternan, se dan al mismo tiempo, se confunden (ibid:339).

Sea como fuere, es importante concluir que el Campeador no tenía objeciones en dejar que los moros peninsulares continuasen dominando aquellas tierras. De hecho, una vez atendidas las necesidades de subsistencia, el Cid no duda en dejar nuevamente la plaza en manos de sus habitantes musulmanes.

Alcocer es la segunda conquista del destierro y el pasaje más extenso, referido por el Poema, de la biografía militar del Cid.

El poeta coloca a sus oyentes en un ambiente que los acercaba a la conquista de Valencia, con la posesión del castillo de Alcocer y la intervención del rey moro valenciano.

Hay ciertamente un estrecho y, tal vez, intencional paralelismo en la presentación de las dos conquistas, la de Castejón y Alcocer, tanto con respecto a la estructura narrativa como a los detalles. También aquí el Campeador va conquistando antes por el miedo y por la sorpresa que por la violencia. De hecho,

Non lo saben los moros el ardiment que an. (v. 549)

La fama de la victoria, además de la ocupación de un lugar fortificado, es suficiente para que el Campeador reciba tributos de aldeas moras, sin que se hable de cualquier combate o muertes:

Por todas esas tierras ivan los mandados
Que el Campeador Çid alli avie poblado, (v. 564-565)

Los de Alcoçer a mio Çid yal dan parias de grado
e los de Teca e los deTer[rer] la casa; (v. 570-571)

Tampoco el Cid exige que las poblaciones renuncien a su fe o a sus costumbres: basta que le paguen el tributo y que lo abriguen, si fuera necesario. Solamente la resistencia de Alcocer a abrirle las puertas es lo que provoca la reacción del Campeador, y una vez más dictada por la astucia.

También en Alcocer se consigue la rendición del castillo mediante un ardid:

Quando vio mio Cid que Alcoçer non sele dava
el fizo un art e non lo detardava: (v. 574-575)

En ambos casos las decisiones del Cid están determinadas por la falta de agua en el castillo:

A los de mio Çid yas les tuellen el agua; (v. 661)

y en Castejón:

Asmo mio Çid con toda su conpañã
que en el castiello non i avrie morada,
e que serie retenedor mas non i avrie agua. (v. 524-526)

Cuando los moros de los lugares colindantes piden ayuda a Tamín, supuesto rey de Valencia en el Cantar, éste les manda a dos reyes, Táriz y Galve, con un ejército de tres mil hombres. Los cristianos con trescientos soldados –siempre el número de los que luchan en uno u otro bando es desproporcionado– entablan una sangrienta batalla campal:

Violo mio Çid Ruy Diaz el Castelano:
acostos a un aguazil que tenie buen cavallo,

diol tal espadada con el so diestro braço
cortol por la çintura el medio echo en campo. (v. 748-751)

El Cid y los suyos hacen una gran matanza entre los moros del castillo:

Los vassallos de mio Çid sin piedad les davan,
en un ora e un poco de logar ccc. moros matan. (v. 604-605)

Oigamos la alegría de la victoria por boca del Cid:

¡Oid a mi, Albar Fañez e todos los cavalleros!
En este castiello grand aver avemos preso;
los moros yazen muertos, e bivos pocos veo. (v. 616-618)

No hay duda de que aquí hay referencia a centenas de muertos, pero nótese que el Cid - según enfatiza el poeta - fue llevado a ello por la necesidad vital de garantizar el abastecimiento de agua y por la resistencia inflexible de la plaza-fuerte. La violencia, con otras palabras, no está dictada por el odio racial o religioso, sino que es exigida por la necesidad de sobrevivir en tiempos de guerra, ya que el adversario, a pesar de reconocer el señorío del Cid, persistía, con incoherencia, negándole el acceso pacífico a la fortaleza.

Mas los ‘pocos’ defensores del castillo que sobrevivieron y los moros que permanecieron en sus casas son perdonados por el Cid, y en vez de venderlos se aprovecha de sus bienes y de sus servicios. Como en el caso de Castejón, cuando los moros han sido vencidos como enemigos combatientes, Rodrigo procura establecer un régimen de convivencia que le resulte beneficioso:

Los moros e las moras vender non los podremos,
que los descabecemos nada non ganaremos;
cojamos los de dentro, ca el señorío tenemos,
 posaremos en sus casas e dellos nos serviremos. (v. 619-622)

La situación adquiere otro carácter cuando el rey moro de Valencia, a petición de las poblaciones vecinas de Alcocer, resuelve intervenir en la conquista del Cid. Repárese que según el PMC, el rey de Valencia era, a su vez, vasallo del rey de Marruecos. De hecho es lo que dicen los versos 1620-1629:

Dezir vos quiero nuevas de alent partes del mar,
de aquel rey Yuçef que en Marruecos esta.
Pesol al rey de Marruecos de mio Çid don Rodrigo;

‘¡Que en mis heredades fuerte mientre es metido
y el non gelo gradéese si non a Jhesu Christo!’

Yuçuf consideraba, por tanto, Valencia como una de las tierras de sus “heredades”. Pero, en el punto del Poema que estamos comentando, el rey africano aún no aparece. Es su aliado, o vasallo, el rey Tamín de Valencia, el que intenta retomar Alcocer.

Nuevamente es la necesidad de supervivencia lo que obliga al Cid y a los suyos a luchar, pues los valencianos cercan a los cristianos y los dejan sin agua:

El agua nos an vedada, exir nos ha el pan; (v. 667)

De ahí el inevitable y duro combate, donde
Cayen en un poco de logar moros muertos mili e .ccc. ya.
(v.732)

Mas, atendida la necesidad de garantizar por la fuerza el derecho a la subsistencia, el Cid no se ensaña contra el adversario.

Se expulsa a los moros de Alcocer como medida de seguridad, pero éstos retornan a la ciudad después de la victoria del Campeador. Terminada la batalla, el moro vuelve al lugar de su vida y de su trabajo, agradecido a la benevolencia del héroe:

A sos castiellos a los moros dentro los an tornados;
mando mio Çid aun que les diessen algo. (v. 801-802)

Tanto en Alcocer como en Castejón hay una reventa de la fortaleza a los moros:

La tierra es angosta e sobejana de mala.
Todos los dias a mio Çid aguardavan
moros de las fronteras e unas yentes estrañas;
sano el rey Fariz, con el se consejavan.

Entre los de Techa e los de Ter[rer] la casa

e los de Calatayud que es mas ondrada
asi lo an asmado e metudo en carta:
vendido les a Alcocer por tres mill marchos de plata.
Mio Çid Ruy Diaz a Alco(1)çer ha ven[d]ido; (v. 838-846)

Otra vez la salida del héroe deja a los habitantes de una ciudad sometida tristes, y hasta ruegan por él:

Quando mio Çid el castiello quiso quitar
moros e moras tomaron se a quexar;
'¿Vaste, mio Çid? ¡Nuestras oraçiones vayante delante!
Nos pagados finca[m]os señor, de la tu part!
Quando quito a alcocer mio Çid el de Bivar
moros e moras compeçaron de lorar. (v. 851-856)

El poeta subraya las dotes políticas de este caudillo que sabe vivir en la guerra y, además, recibe el homenaje de las poblaciones subyugadas.

Vemos, pues, que a un lado y a otro de la frontera, el Cid del Poema aparece como una figura 'popular', entendiendo con ello

que dentro de la obra las poblaciones con las que tiene alguna relación, o por las que pasa su gente, lo reciben o despiden de buena manera, a él y a los suyos. En este caso no se trata de individualidades, sino de colectividades que así manifiestan su simpatía por las dotes políticas del héroe¹.

El Cid sigue siempre una política alternativa de paz y de guerra. Lucha contra los moros, y, a la vez, se aprovecha de las victorias con unos tratos benévolos, en la medida que lo permita su apurada situación en los primeros tiempos del destierro.

El episodio de Alcocer presenta rasgos poco lógicos o poco satisfactorios. Peter E. Russell trata de llamar la atención sobre ciertos problemas aún existentes en el episodio, tanto para los que defienden la 'historicidad' del Poema como para los historiadores de los topónimos medievales. Russell hace un estudio detallado de la información topográfica. En su primer artículo concluye que, mientras hay poderosas razones para hacernos dudar de la existencia del Alcocer del Poema en el lugar que el poeta lo sitúa, no se presenta ninguna explicación satisfactoria de la causa del error (1978, p. 37-44). En un segundo artículo reitera su idea de que el autor del Poema inventa el lugar por necesidades poéticas muy respetables. Russell ve en los datos no auténticos una posible y deliberada subordinación de la historia a la visión poética del autor del Poema de Mio Cid (1978, p. 45-69).

Jules Horrent también opina que el combate de Alcocer pudo producirse, pero el poeta da de él una imagen cargada de rasgos no auténticos, ya porque confundiera los hechos históricos, ya porque subordinara la historia a su visión poética. Igualmente poco documentados son los nombres de los reyes moros que intervienen en la batalla (1974, p. 275-276).

Colin Smith cree que el poeta siguió para los dos episodios un modelo literario que no lograba adaptar plenamente a una situación creíble o verista de la España de tiempos del Cid (1985, p. 267). En un estudio sobre el PMC, Smith intenta demostrar que la estratagema mediante la cual el Cid logra apoderarse de Alcocer es de origen clásico, erudito, que derivaría de la Strategema de Frontino. Y cree descubrir en Salustio, en la

¹ Francisco López Estrada, op. cit., p. 154.

Guerra de Yugurta, la fuente del ardid que emplea el Cid en el episodio anterior para apoderarse de Castejón de Henares².

Los versos 574-610 han sido comentados por H. Ramsden, quien estudia en qué consistió el ardid del Cid en la toma del castillo de Alcocer. Analiza el significado de 'celada' y 'emboscada', compara el relato del Poema con el de la Primera Crónica General y llega a la conclusión de que no hubo emboscada sino una trampa, que consistió en una repentina fuga fingida del Cid y los suyos. La tienda que el Cid deja como abandonada es un elemento importante de la conquista (1959, p. 129-134). Menéndez Pidal considera el pasaje difícil de entender y traduce 'celada' por 'emboscada'. Esta ha sido la traducción comúnmente aceptada por críticos y traductores.

Alvaro Galmés de Fuentes, en la comparación de las dos épicas, la árabe y la castellana (1978, p. 72-81), llama la atención sobre un elemento común en ambas: el ardid o el engaño de guerra. Señala en la épica árabe frecuentes engaños de guerra, y comenta el ardid utilizado por el Cid en la conquista de Alcocer. Atribuye a la influencia árabe el sentimiento de honor a pesar de los engaños, pues ese honor se manifiesta en las dos épicas, aunque en diferentes direcciones. Sin embargo, lo normal en la épica del resto de Europa es que las victorias de los paladines sólo se decidan por el valor y la destreza del guerrero, no por el engaño. En la Chanson de Roland, por ejemplo, las malas artes de guerra sólo las practican los moros enemigos. Del rey moro Corsalis se dice en la Chanson:

Barbarins est e mult de males art. (v. 886)

O del pagano Valdabron se cuenta que

Jerusalem prist ja par traïsun (v. 1566).

La batalla de Alcocer ocupa aproximadamente trescientos versos. Proporcionalmente a lo que dedica el poeta a los otros

² "Literary Sources of Two Episodes in the Poema de Mio Cid", *Bulletin of Hispanic Studies*, 52, 1975, p. 109-122.

temas bélicos, es éste indudablemente uno de los más importante, por eso ha interesado tanto a los comentaristas del Poema. Su emplazamiento, lo estamos viendo, ha sido estudiado por varios críticos.

Antonio Ubieta Arteta señala que le parece difícil aceptar que el Alcocer del Poema existiera donde lo localiza el poeta. Para Ubieta, el castillo, hoy arruinado, debió de ser el de Peñalcázar (Soria). Allí se daría, sin duda para él, el episodio en cuestión (1973, p. 133-134). Manuel Criado de Val, en su trabajo dedicado a la geografía del PMC, afirma, como hecho fuera de duda, que el Alcocer del Poema es el pueblo que se llama hoy Castejón de las Armas, a dos kilómetros del valle del Jalón, cerca de Ateca (1970, p. 83-107). La sugerencia de Criado de Val fue aceptada como hipótesis factible, aunque con reservas, por Ian Michael en la versión castellana de su edición crítica del PMC (1981, p. 119).

Una lectura minuciosa del episodio de Alcocer, según lo cuenta el poeta, y teniendo presente el parecer de los críticos, nos llevaría a una conclusión: el relato entero se concebiría de modo mucho más literario y, por consiguiente, mucho más alejado de la 'historicidad', ya sea política, militar o geográfica.

Otras incongruencias en el episodio de Alcocer han sido también señaladas por Peter E. Russell (1978, p. 53-54). Por ejemplo: después de 'tres' semanas, los cristianos sufren tanto a causa de la sed que no les queda más remedio que intentar una salida; poco antes, sin embargo, los moros de Alcocer habían podido, sin aparentes problemas, aguantar un asedio de 'quince' semanas. ¿Habría sido - se pregunta Russell - porque, al contrario de lo que deja entender el texto, la guarnición mora era realmente pequeña? Nada nos dice el poeta que aclare el asunto.

Otro aspecto de la conducta del Cid en esta situación delicada resulta también inverosímil: no expulsa de Alcocer a la población musulmana para poder conservar la escasa agua y alimentación de la que disponían los asediados cristianos. Tan sólo hace salir a los moros poco antes de empezar el contraataque cristiano, para que no descubran al enemigo lo que se está preparando. Y piénsese también en la actitud que atribuye el poeta a los moros de Alcocer en el momento en que el Cid abandona definitivamente este pueblo: les hace decir que están muy

contentos con la conducta del invasor castellano hacia ellos, protestan porque se va e, incluso, rezan para que Dios le favorezca en sus futuras empresas. ¿Cómo suponer que estos moros, integrados en la sociedad musulmana, iban a proclamar tan abiertamente su preferencia por el caudillo cristiano?

La severidad, capaz de violencias del personaje histórico, aparece amenizada en el Cid de la poesía por su aparente bondad. Como dice Edmund de Chasca, en el Poema, Rodrigo capta todas las voluntades, hasta la del enemigo (1972, p. 127).

Según Colin Smith no se puede prescindir en un texto épico de la violencia en la guerra, pues es por tradición un género viril, guerrero e, incluso, sanguinario. Sus protagonistas viajan y buscan, a menudo guiados por las divinidades o por Dios, a menudo motivados por un sagrado deseo de obtener una venganza a la que están vinculados por la ideología de su casta militar (1985, p. 117).

De cualquier forma, lo que importa aquí es realzar que en ningún momento el poeta presenta la violencia del Cid como gratuita o como fruto de prejuicios étnicos o religiosos. Siempre es la necesidad de supervivencia o la dureza del adversario lo que el autor señala como causas inmediatas de la confrontación entre las partes.

Bibliografía

- ARTETA, Antonio Ubieto. ***El Cantar de Mio Cid y algunos problemas históricos***. Valencia: Anubar, 1973.
- CHASCA, Edmund de. ***El arte juglaresco en el Cantar de Mio Cid***. 2 ed. Madrid: Gredos, 1972.
- FUENTES, Alvaro Galmés de. ***Épica árabe y épica castellana***. Barcelona: Ariel, 1978.
- HORRENT, Jules. ***Historia y poesía en torno al 'Cantar del Cid'***. Barcelona: Ariel, 1974.
- MICHAEL, Ian. ***Introducción al Poema de Mio Cid***. 2 ed. Madrid: Castalia, 1981.
- PANORAMA crítico sobre el Poema del Cid. Madrid: Castalia, 1982. p. 83-85.

- RAMSDEN, H. The Taking of Alcocer. *Bulletin of Hispanic Studies*, 36, 3, 1959. p. 129-134
- RUSSELL, Peter E. ¿Dónde estaba Alcocer?. *Temas de 'La Celestina' y otros estudios*, Barcelona: Ariel, 1978.
- SMITH, Colin. *La creación del Poema de Mio Cid*. Barcelona: Crítica, 1985.
- VAL, Manuel Criado de. Geografía, toponimia e itinerários de Cantar de Mio Cid. *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 86. 1970.